

PREGÓN DE SEMANA SANTA
MURCIA 2017

Luis Emilio Pascual Molina



CRISTO DE LA HUMILDAD

SAISUALIS

El “Príncipe de este mundo” se presentó de mala gana ante Jesús, como estaba obligado a hacerlo, para informarle de lo que venía haciendo con los hombres. Prepotente y orgulloso dijo: “*Me estoy divirtiendo enseñándoles a odiarse y matarse entre sí y a pervertir a los niños; he logrado que los jóvenes fornicuen, se emborrachen y se droguen, y que todos roben y mientan, y que calumnien unos a otros*”. Jesús preguntó: “*Y después de todo eso... ¿qué?*”. “*Después los arrasaré en un apoteósico holocausto final*” -concluyó el diablo con alucinante arrogancia, soltando una repugnante carcajada-. “*¡Yo te los compro!*” -ofreció Jesús sin inmutarse-. Entre asombrado y curioso, el diablo respondió: “*¿Por qué quieres a estas personas? Son traicioneras, mentirosas, falsas, egoístas y codiciosas. Jamás te amarán; te despreciarán, blasfemarán y escupirán en tu rostro*”. Jesús insistió: “*¿Cuánto quieres por ellas, diablo?*”. Con odio infinito, reflejado en su mirada, y una sed de venganza, que resonaba como un trallazo en cada una de sus palabras, sentenció Satanás: “*Quiero todas tus lágrimas y toda tu sangre*”. Lacónico y seguro, Jesús le tomó la palabra: “*¡Trato hecho!*”.

Y así fue como Jesús, impulsado por un amor sin límites, pagó el precio de nuestra libertad, aun sabiendo que no todos íbamos a aceptar este insuperable regalo de Salvación.

Agradezco la designación como telonero de este gran misterio de Amor, de “*la mayor historia de amor jamás contada*”, que, sin duda, obedece más a la amistad que me une a algunos de vosotros que a cualquier tipo de merecimiento personal.

Quiero, en este Pregón de Semana Santa, que por ser 5 de marzo lo es también de Cuaresma, tener desde el principio muy presentes en la oración y en la memoria a aquellos que me enseñaron a apreciar, sentir, gozar y amar la Semana Santa y que ya no están físicamente con nosotros pero que con toda seguridad disfrutaban ya de la presencia de Dios: mi padre Luis Emilio Pascual Carpena, mi abuelo Antonio, mis tíos Juan, Periquín y Pepe, y aquí en Murcia, sin querer ser exhaustivo, quiero tener presentes a Ramón Sánchez-Parra, Esteban de la Peña, Juan Pedro Hernández, Ángel Galiano, Antonio Martínez (el abuelo), Ángel García Hernández el “Pichi”, Rafa Pardo, Nacho Massotti, Antonio González Barnés y tantos otros...

Gracias, mamá, por darme la vida, por cuidarme, perdonarme, ser ángel protector y bálsamo de consuelo, y por estar ahí cada día con una fe inquebrantable y con tu diaria oración del Santo Rosario en la que sé pides por cada uno de tus hijos y nietos. A ti dedico este Pregón.

Mi invitación quiere ser una meditación en voz alta de los momentos culminantes de la vida de Jesucristo, y por ello mismo de su entrega por amor a la voluntad del Padre en favor de todos nosotros. Y, puesto que es primer domingo de Cuaresma, quiero deciros ya desde el inicio que, al igual que lleváis meses preparando imágenes, los tronos, los actos... para llegar a expresar bellamente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en las calles de Murcia, no olvidéis en estos treinta y tres días que restan para el Viernes de Dolores, cuando el Ángel de la Pasión cruce el umbral de San Nicolás y el color azul inunde Murcia, preparad vuestros corazones en el camino de conversión que nos ofrece el Tiempo de Cuaresma. Los atletas se preparan para la competición, hacen ejercicio, entrenan duro. Igualmente todos necesitamos modelar nuestro espíritu con ejercicios serios para conformar nuestra vida a la de nuestro Señor. Todos necesitamos dejarnos en las manos de Dios, desde la humildad y la pequeñez humanas, confiando en la misericordia y la potencia de Dios-

Leemos en la Sagrada Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II: *“La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el Misterio Pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o Domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que escuchando la Palabra de Dios y participando de la Eucaristía, recuerden la Pasión, Resurrección y Gloria del Señor Jesús, y den gracias a Dios que ‘los hizo*

renacer a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos' (1Pe 1, 3)...” (SC 106).

Desde la generación apostólica los cristianos, que cada **Domingo** hacían memoria de la Resurrección del Señor, no podían dejar de proyectar la luz de su fe sobre la celebración anual de la pasión judía. Sin embargo no se pensó en celebrar una fiesta específicamente cristiana de **Pascua** antes de los primeros años del siglo II, y será el Concilio de Nicea (325) quien fije la fecha de la Pascua el Domingo siguiente al equinoccio de primavera: entre el 22 de Marzo y el 25 de Abril. De ahí su carácter móvil.

El tiempo santo Cuaresma-Pascua, los 96 días que van de Miércoles de Ceniza a Pentecostés (del pasado miércoles día 1 de marzo al 4 de junio, en este año 2017), no es sino un único tiempo, en el que cada elemento no tiene sentido por sí mismo, sino en referencia al acontecimiento nuclear, la Pascua; un tiempo que gira alrededor de una “semana grande”, *la **Semana Santa** por excelencia*, algo atípica y heterogénea, que viene definida por dos anuncios: *el anuncio de la Pasión*, tras las aclamaciones de la entrada en Jerusalén, el Domingo de Ramos, y *el anuncio de la Resurrección*, de la victoria sobre la muerte, con el Pregón Pascual y el Aleluya, en la Vigilia de Pascua el Sábado Santo. Y el eje de la misma es la *Solemnidad de las solemnidades, el día en que actuó el Señor*, que se prolonga en una semana entera (in albis) y se renueva en una semana de semanas (los 50 días del tiempo de Pascua). La **Pascua** es el centro y la cumbre de todo el tiempo cristiano y, por tanto, algo muy distinto a una simple conmemoración.

¡Podemos y debemos pregonar esta gran noticia! Es absolutamente necesario, que invitemos -a quien quiera escuchar- a vivir en profundidad el significado profundo de esta Gran Semana; semana que en Murcia no es de siete, sino de “diez días”, y que gracias a quince Cofradías y diecisiete Procesiones, nos ofrece una riqueza cultural, artística, plástica, pero sobre todo espiritual que no debemos perder y debemos difundir.

Y no creo que sea necesario, ni justo, ser original. Considero que es mejor, y será más fiel al anuncio que hemos de dar, parafrasear al *primer pregonero*, a aquel pescador de Galilea, Simón hijo de Juan, a quien Jesús eligió y designó como roca firme sobre la que cimentar la Iglesia.

A voz en grito, en medio de la ciudad de Jerusalén, Pedro proclamó:

- “... *Escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales... vosotros le matasteis clavándole en una cruz por manos de los impíos; a éste... Dios le*

resucitó librándole de la muerte... de lo cual todos nosotros somos testigos. Y, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís... Sepan, pues, con certeza todos, que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado”.

Vivamos este pregón de Pedro (cf. Hch 2, 22-24.32-33.36). Ésta es mi invitación hoy, queridos amigos. El pregón de Pedro es actual casi dos mil años después, porque no se trata de historia pasada, de algo ocurrido para contemplar y recordar: es nuestra propia historia, la tuya y la mía, hecha *Historia de Salvación*.

Ya me gustaría que sucediera con este, mi Pregón, algo similar a lo ocurrido, al final de una cena en un castillo inglés, a un famoso actor de teatro que entretenía a los huéspedes declamando textos de Shakespeare. Al concluir se ofreció a que le pidieran algunas interpretaciones. Un tímido sacerdote preguntó al actor si conocía el Salmo 22. El actor respondió: “*Sí, lo conozco, y estoy dispuesto a recitarlo sólo con la condición de que después también lo recite usted*”. El sacerdote se sintió incómodo, pero accedió. El actor hizo una bellísima interpretación, y con una dicción perfecta: “*El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar. Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan...*”. Los huéspedes aplaudieron vivamente. Llegó el turno del sacerdote, quien se levantó y recitó las mismas palabras del salmo. Esta vez, cuando terminó, no hubo aplausos, sino un profundo silencio y el inicio de lágrimas en algún rostro. El actor se mantuvo un tiempo en silencio; después se levantó y dijo, notablemente emocionado: “*Señoras y señores, espero que se hayan dado cuenta de lo que ha sucedido esta noche: yo conocía el salmo, pero este hombre... ¡conoce al Pastor! Y dirigiéndose al sacerdote le dijo: ¡Gracias, Padre!*”.

No pretendo ser como aquel actor, que declamaba bellas palabras, sino como el sacerdote. Me gustaría transmitir mi experiencia vital de ese encuentro transformante con Jesucristo que cambió mi vida y sigue, cada día, animándola y fortaleciéndola, a pesar de mi pobreza e indigencia. Y me gustaría, y así lo voy a pedir a Dios en esta próxima Semana Santa, que cada nazareno murciano, sea penitente, mayordomo, estante o músico, pudiera suscitar a su alrededor ese mismo silencio reverencial y esa emoción que los invitados a la cena experimentaron tras la declamación del Salmo 22 por ese desconocido sacerdote.

Hace unos años caía en mis manos una reflexión que hoy quiero compartir con vosotros: *“Aquello fue una completa comedia en todos los sentidos. Una comedia representada por unos cuantos tipos humanos, víctimas todos ellos de violentas emociones y dispuestos todos a interpretar su papel sobre el gran teatro del mundo en el que se representaba un juicio y donde se procesaba al Hombre. Cada cual puso en juego sus mejores armas: uno, arrogancia; otro, miedo; éste, poder; aquél, conjura. Unos, vileza; todos, impostura. Y todos, evitando mirar a los ojos del inocente a quien juzgaban. Así se consume la Pasión de este Dios culpable solamente de callar frente a la ira del mal. Desde la Cruz, como esparcidas por el viento, se escuchan como siete susurros, siete palabras, siete gritos de esperanza, el último de los cuales parece tener la clave del misterio: “Todo está consumado”, se oye decir al Amor. Verdaderamente ahora se cumple la Gloria del Padre. Fue la tarde-noche de un jueves, y la posterior mañana de viernes, en la semana de la primera luna llena de primavera, cuando el pueblo judío celebraba la Pascua, y hace ya cerca de dos mil años. Son “los rostros del Viernes Santo”: Judas, Pedro, Simón el de Cirene, Pilato, María Magdalena, la mujer Verónica, un centurión, Juan, María de Nazaret... y otros personajes, se suceden en esta representación, siempre en torno a aquél “ante quien se vuelve el rostro”, según el cuarto cántico del siervo sufriente en Isaías, y que proclamamos cada año la tarde de Viernes Santo en los templos, antes de la Adoración de la Cruz”.*

Os invito a jugar conmigo, a imaginar que pudiéramos preguntarles sobre sus vivencias y sus sentimientos, o que, por ejemplo, una mañana, al acudir a la Iglesia de Jesús -de la cual soy Rector y donde los podemos contemplar a todos juntos gracias a la gubia de Francisco Salzillo-, o al Museo de la Sangre (ahora en el Martillo del Palacio Episcopal), o en cada una de los lugares de nuestras parroquias y cofradías en los que esperan cada año para volver a “pasear” por las calles de esta bellísima Murcia.

Allí les escucharíamos hablar entre ellos, como en una tertulia. ¿Qué nos dirían? Pongamos el oído.

- *“Sí, aquél hombre prometía nuestra liberación, y lo seguí por eso mismo -era **Judas** quien iniciaba el diálogo- . Yo buscaba la revolución; la lucha a muerte contra los romanos, cuando hete aquí que el mensaje del Maestro comenzó a correr por otros cauces; pronto me comenzó a parecer un discurso rarísimo: ‘Quien de vosotros se crea el primero, hágase el último, y el que gobierne, viva como el que sirve’. Era obligado denunciarlo. Cumplí, pues, solamente con la ley”.*

El mismo Judas increpaba a Pedro, que callaba avergonzado:

- *“Oye Pedro, tú también estabas con Él esa noche. Y le prometiste ir con Él hasta la muerte, claro que luego te dormiste en el huerto, y más tarde una criada te sacó los colores para negarlo todo”*.

Aquello produjo la respuesta de **Pedro**:

- *“Cierto, Judas; yo me creía el más fuerte, y el más fiel y leal. Un día, por Él, lo dejé todo, familia, pueblo, oficio..., fui testigo de sus milagros, su modo de hablar me entusiasmaba, de ahí que cuando en el Cenáculo todo se empezó a poner oscuro le prometiera todo”*.

Seguimos escuchando, y nos enteramos de que a Caifás le aterraba la idea de que el pueblo se apartase de la Ley y las tradiciones, que Pedro se moría de miedo ante la posible denuncia por conspirador por ser amigo del condenado, que Pilato, atemorizado también ante quien era “la Verdad”, quería salvarlo y hasta intentó cambiarlo por Barrabás, y que lo mandó flagelar por ver si la chusma se compadecía de Él. Un comentario de los soldados nos permite conocer que hubo una fuerte discusión entre **Pilato** y **Caifás**, culpándose mutuamente de tirar la piedra y esconder la mano, como quien se pasa una patata caliente; discusión que cerró el primero afirmando que no se lavó las manos como alguien que se desentiende de otra persona, sino como gobernador, buscando una solución política.

Y **Pedro** y **Judas** seguían su particular guerra de reproches mutuos:

- *“Cuando me di cuenta -dijo Judas- tiré aquellos treinta denarios, pero... mi interior se revolvió por entero; me hervía la sangre; caminaba y caminaba, y cada árbol de aquel camino siniestro me parecía una sombra de muerte azuzada por el viento; me tambaleaba, sentía angustia, desesperación, toda una tempestad de remordimientos...”*.

- *“Sobre el Calvario tu noche se hubiera cambiado en luz con sólo llorar ante aquella Cruz”*, repuso Pedro.

- *“¡Calla! ¡No digas una palabra más Pedro! -repuso airado Judas-. Cubre con tu silencio mi misterio; nadie puede leer en el corazón”*.

Pero había **más rostros** y más palabras que escuchar:

- *“Yo era una de las tantas mujeres que estábamos en la calle de la amargura; tratábamos de llevar consuelo a los condenados. ¡La cantidad de rostros doloridos que habré contemplado! Pero un rostro como el de aquel Hombre..., como aquel rostro, jamás lo había visto ni lo veré jamás. Y me atreví a limpiarlo... y me lo regaló en mi paño. ¡Vaya fotografía!”*.

- *“Mi gesto fue el de un buen hombre cualquiera: me obligaron los soldados a llevarle la cruz, después confieso que hasta casi la llevé por hacerle un favor. De todos modos llegué allí por casualidad y que más hubiese deseado no presenciar nunca esa tragedia. Cuando dejé la cruz en el suelo me volví a casa sin saber en qué terminó aquello; no tenía el cuerpo para ello. En todo el camino... ni me dijo, ni le dije nada”*.

- *“Lo que yo recuerdo es la túnica que llevaba; era estupenda, toda de una pieza; tenía que valer bastante, así que hicimos lo de tantas veces con las pertenencias de otros reos, nos la jugamos a los dados. No me tocó, y lo sentí. De pronto el reo gritó diciendo que tenía sed; yo me levanté para darle agua fresca, pero otro compañero, enfadado, se me adelantó y le dio vinagre. Si digo la verdad, sentí compasión”...*

Eran Verónica, Simón, que venía del campo y llegó en muy mal momento... o ¡quizás no!, y un centurión romano que presenció, como en butaca de patio, la escena final del drama.

En una de las capillas -apartados- **Juan**, el discípulo amado, y **María de Nazaret**, charlaban como intercambiando confidencias:

- *“Yo estuve en el Calvario. Al no encontrar a Pedro subí sólo, con un miedo terrible. Algo me oprimía el pecho, y no era la fatiga, era el recuerdo del momento en que, tras la cena, me recliné en su pecho y sentí el cálido latir de su corazón enamorado. Yo, casi un crío, me topé de pronto con la espantosa realidad de dónde puede llegar la maldad y la crueldad humana. Pero, antes de morir, me hizo el mejor regalo, me dejó toda su herencia: me confió a su Madre. Y aquí estoy, contigo”*.

- *“Mira Juan, toda mi vida fue un Sí: en Nazaret, en Belén, en la huida a Egipto, y en tantas otras ocasiones... pero lo del Calvario es demasiado fuerte. Ya me lo había avisado Simeón, cuando se lo dejé tener en brazos a la puerta del Templo: ‘Mujer, una espada te atravesará el corazón’. Con todo ¿sabes cómo lo pude superar y no caer derrotada?: porque resonaban los ecos de mi ‘Magnificat’, ese canto que me inspiró el Espíritu Santo, el mismo que me inundó con su Gracia. De mis ojos brotaban lágrimas -¡qué bien lo supo esculpir el maestro Salzillo!-, pero de las entrañas de esta*

humilde esclava brotaba el canto de esperanza de siglos y siglos que se abrían a la Vida”. El maestro Mozart me inmortalizó ‘Lacrimosa’ en su Requiem. ¡Escucha por un instante!...”.

Habían pasado horas, y yo seguía allí, escondido. Entonces me dio por pensar. Y me vinieron a la mente *esos otros miles y miles de rostros del Viernes Santo*: los de los hombres y mujeres, niños y ancianos, devotos o curiosos, que en la mañana del 14 de abril estarán en las calles Murcia maravillándose ante los Salzillos. Y también el Martes Santo por la tarde-noche en el entorno del Arco de San Juan o cercanos a la Iglesia-Museo de San Juan de Dios, y los del Miércoles Santo en la plaza de Camachos, o del Jueves Santo por Trapería o Alejandro Seiquer, o los que desde el viernes 7 de abril vestirán túnica, portarán cirios, cargarán pasos, se llenarán la *sená* o besarán el rosario que ya ha contemplado a varias generaciones y se reunirán nerviosos y emocionados en San Nicolás, Santa Catalina, San Francisco de Asís, San Pedro, San Antolín..., o aquellos que ante la Cruz vacía o el Santo Sepulcro del Viernes Santo en la noche se preguntarán por el sentido de esta muerte, de toda muerte, del dolor, del sufrimiento...

Y me acordé de todos los *murcianos* que viven -que vivís- con intensidad la Fe en esta gran semana de pasiones, gozos, lamentos, alegrías y fracasos, y esperarán -esperaréis-, puesto que la muerte no es el final, el jubiloso Encuentro de la Virgen Gloriosa y Juan, con Jesús Resucitado, ya avanzado el mediodía del domingo día 16 de abril, en la puerta de la parroquia de Santa Eulalia.

Y se mezclaban el rostro del niño que mira sorprendido al nazareno que le da un caramelo, el de la abuela que llora emocionada pensando que es “su último año” o “que falta alguien cercano”, el del enfermo o el discapacitado que ve pasar la procesión desde su cama o su silla mecánica, los de los extranjeros que -sorprendidos- alucinan y fotografían cada instante para llevarse un recuerdo inolvidable, las miradas enjugadas en lágrimas en el traspaso de padres a hijos del puesto en la vara o la tarima del “paso”... y tantos rostros y miradas.

Y me pregunté: ¿seremos capaces desde nuestras Hermandades y Cofradías -desde nuestras Procesiones- de transmitirles a todos esos rostros, a todas esas personas, alguna de estas vivencias que han expresado los auténticos actores protagonistas del drama en Jerusalén? De todos nosotros depende, desde el Hermano Mayor o el sacerdote Consiliario,

hasta el último cofrade que este año sale por primera vez. Creo, sinceramente, que no podemos eludir nuestra responsabilidad, que es, al mismo tiempo, un orgullo.

Hemos de decírcles, con nuestro silencio penitencial, con nuestra ofrenda de viandas o regalos, tras el capuz o bajo el peso de los tronos, a todos los que veamos en las calles de Murcia que *ese Nazareno* que camina con su cruz, y antes fue *Flagelado* y *Coronado de espinas* y contemplamos atado de manos, pagará el *Rescate* por cada uno de nosotros. Que es el *Cristo del Gran Poder y de las Mercedes, el rostro del Amor de Dios*, el icono de un Padre bueno y misericordioso que nos espera con los brazos abiertos para hacernos plenamente dichosos y felices. Que su Pasión y su Muerte dieron como fruto Vida Nueva para todo hombre. Que *María* es nuestra Madre desde que el crucificado -*Cristo de la Caridad, de la Fe o de la Esperanza, del Amparo, del Refugio, de la Sangre, de la Penitencia, de las Penas o del Amor, de la Salud, del Perdón o de la Misericordia*-, nos la entregara cerca de las tres de la tarde de aquél bendito viernes.

Que *Juan* fue su sombra y su Hijo, como había sido el discípulo amado del Hijo de Dios y de María. Que aquel *Cristo de la Buena Muerte* al que descendieron de la cruz algunos amigos y luego contemplaron en brazos de su madre y depositaron más tarde *Yacente* “*en un sepulcro nuevo excavado en la roca*”, triunfó sobre la misma muerte y aparece *Resucitado* y glorioso “*al alba del primer día de la semana*”. Que su Pasión y su muerte dieron como fruto una Vida Nueva para todo hombre. Que *Verónica* rompió el cordón de la pasividad, la indiferencia y el miedo al qué dirán, y enjugó la sangre del rostro de Jesús. Que *María Magdalena* descubrió “*el don del perdón*” y se convirtió en discípula y misionera. Que *Pedro*, el antiguo pescador de Galilea, al conocer a fondo su corazón tras cantar el gallo, pudo ser testigo y apóstol valiente hasta dar la vida... y que ese Pedro podemos ser cada uno de nosotros si aceptamos la llamada del Maestro que, con su “*Sígueme*”, continúa reclamando colaboradores para dar a conocer el Amor de Dios Padre por cada ser humano.

Mis vivencias de Semana Santa son fruto de mi experiencia, desde cuando muy niño, casi a gatas, vestido de “*capuchino*” tiraba del cordón del estandarte de la Cofradía del Cristo de la Agonía en Yecla -mi Cofradía de toda la vida- hasta ayer mismo cuando ante esta misma imagen volvía a meditar, escuchando el Sermón de la Siete Palabras en la Basílica de la Purísima. Y, entre ambas, años y años de semanas santas, unas vividas,

otras sentidas, y otras que pasaron inadvertidas por la abulia e indiferencia de una adolescencia más o menos rebelde; y tanto como nazareno, como sufrido organizador o intentando cobrar a los colaboradores los recibos anuales, como “*empujador*” debajo del trono o dirigiendo su camino, como ausente o como espectador; cantando y dirigiendo el Coro parroquial en los Santos Oficios o como ministro celebrante de los mismos...

En Yecla, en Alcantarilla, en Santomera, en Molina de Segura, en Murcia... Y todas han sido diferentes, y todas han ido marcando mi vida, y todas son nuevas porque nuevo es siempre el Amor de Dios.

Recuerdo la copa de “*herbero*” que cada mañana de Viernes Santo, en el balcón de casa y mientras pasaba la Procesión del Calvario, se tomaba mi padre con su inseparable amigo Juan (bebida espirituosa a base de hierbas aromáticas maceradas en una mezcla de anís y que se elabora en la sierra de Mariola, al norte de la provincia de Alicante); recuerdo la especial devoción y cariño hacia el “*Cristico de los zapateros*”, el Cristo en la Adoración de la Cruz, imagen extraña en su concepción (como ocurre con el lagarero de Bussy, ese Cristo de la Sangre que camina con su cruz a la espalda derramando vida) pero imagen muy cercana familiarmente también y muy característica de la Semana Santa yeclana. Recuerdo, y añoro cada año, cómo en la Plaza del Ayuntamiento antes de reiniciar la marcha de la Procesión y tras haber presenciado el “*encuentro teatralizado*” del Hijo y la Madre en la Calle de la Amargura, nos hacíamos las tradicionales fotos delante de nuestra carroza con mi padre, hermanos y tíos -tradición que mis hermanos sigue repitiendo con sus hijos-, y cómo mi tío Juan siempre repetía aquello de “*ésta para el nicho*”.

Permitidme todavía que, con vosotros, reflexione algo más en torno a estos cuatro días, que en realidad son tres noches, que centran la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, y que en Murcia estiramos en diecisiete días (si contamos desde el traslado procesional del Nazareno de Jesús a las Madres Agustinas y del Gran Poder desde las Madres Capuchinas del Malecón a San Nicolás), Se trata de una *noche de amargura*, una *noche de soledad* y una *noche de esperanza*. Escasas sesenta horas.

Todo empezó un jueves. *Luna llena*, sombras que se alargan, ambiente algo tenso, preocupación y ocupación. El Maestro va a celebrar la Pascua con sus amigos, sus elegidos, contigo, conmigo... preparamos la mesa, cada uno tiene su sitio, todos están pendientes del más mínimo gesto

de Jesús. El *Cordero* a punto, el pan sin levadura -amasado rápidamente- sobre la mesa, las hierbas amargas dispuestas... y muchas, muchas ganas de que Él nos hable, nos abra su corazón, pues desde hace unos días lo notamos preocupado, cabizbajo y, cada vez en más momentos, en actitud de retiro y oración. Algo importante va a suceder. *La Cena* transcurre con normalidad, con la alegría y el misterio que cada año la caracteriza. Miro a Jesús. Su mirada revela algo que a la vez acoge y al mismo tiempo sobrecoge, y él mismo va dirigiendo toda la cena hasta el momento más elevado: toma *un trozo de pan* de forma especial, mi trozo de pan, tu trozo de pan, el que la vida pone cada día en las manos de cada uno, lo levanta y lo bendice. Siento cómo toda mi vida se une a la suya, se hace una con Él. Y al levantar *la copa de vino*, como tantas veces, el brindis se hace más sonoro, más fraterno y más provocativo que otras veces. No es el brindis de cada día, es el definitivo, el que se alza como firmando el más bello tratado de amor que se haya hecho jamás. Veo el rostro de Jesús descansar, sonreír, garantizar que todo está bien hecho, como el Padre en el séptimo día de la Creación. Y aunque no entiendo, contemplo, lo sigo con la mirada, y descubro en él un gesto de paz que no le ha faltado en ningún momento, un gesto de paz que me interroga. Y levantándose sale hacia el Huerto de Olivos, sin dudar, sin pensarlo dos veces, sin querer distraerse en razonamientos ni averiguaciones -como nosotros tantas veces por el camino de la vida-... con la mirada bien puesta en *la voluntad del Padre*, con la mirada bien puesta en tu salvación y la mía. Ya nada le detiene, *la Pascua definitiva ya está en proceso, la Salvación del Pueblo de Dios es ya una realidad*. Mientras... su mirada sigue en paz.

El Viernes fue un verdadero drama; noche y día se sucedieron y sólo hubo desprecio, injurias, calumnias... sufrimiento. Y tras la condena, y el camino a la colina de la Calavera, y la muerte, y el terremoto y la tormenta, y ver al hijo yacer en los brazos de la madre, y la sepultura... llegó el silencio, la soledad, y con ello la espera. Hace dos mil años hubo un “viernes negro”, el más negro de la historia. Lucas nos cuenta que aquel viernes, a la hora sexta “*vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol... y el velo del Templo se rasgó por medio*”... al tiempo que Jesucristo, “*el más bello de los hombres*”, estaba entregando su espíritu al Padre y dando su sangre y su vida en beneficio de todos nosotros. Aquel renegrido viernes, en el Gólgota, se vivió el verdadero “*Black Friday*”, en el que Dios no solamente hizo un simple descuento en nuestra deuda... ¡sino que la pagó por completo!

Y llegó el alba del Domingo. Muy de mañana, antes de salir el sol, María Magdalena va al sepulcro; busca un cadáver; la piedra está corrida y el cuerpo del Señor no está. Esta mujer, que ha conocido en primera

persona qué es el amor verdadero y cuál la potencia del perdón y la misericordia, se convertirá en la mensajera de la mejor noticia que nunca será dada: **¡La muerte ha sido vencida!** ¡Verdadera revolución social!, pues una mujer, y además conocida pecadora pública, se va a convertir por designio del Señor en Testigo de la Resurrección para todos los apóstoles. “*Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo*”, canta el salmo 117, que en la Pascua repetiremos en los templos. Desde ese momento, aquellos que “*por miedo a la muerte estábamos de por vida sometidos a la esclavitud del pecado*”, podemos exultar, cantar, bendecir. Se han inaugurado los “*tiempos nuevos*”. Podemos ser libres y vivir en plenitud. ¡Existe la Vida Eterna! **¡Cristo ha resucitado, y nosotros con Él!**

Ha terminado la noche del absoluto vacío, del sin-sentido, la noche del odio y la violencia, la noche de la desesperación. Ha sido rota la noche de la tristeza y del miedo al futuro, la noche de las esclavitudes y los vicios. En esta noche se han sacudido conciencias, se engendran esperanzas, se alegran los tristes, se descargan las armas. En esta noche se reconcilian los hermanos peleados por herencias, el avaro renuncia a su fortuna y comparte, se abren los ojos de los ciegos, y se liberan tantos prisioneros de drogas e ídolos. En esta noche se reconstruyen matrimonios, se perdonan deudas, se olvidan antiguos rencores y... amanece la vida. **En la noche del hombre... ¡se ha hecho el día! Es Pascua de Resurrección.**

Un viejo rabino preguntó en cierta ocasión a sus alumnos cuándo se podía decir que la noche había terminado y comenzado el día. *¿Podría ser - preguntó uno-, cuando al ver a un animal a lo lejos se puede distinguir si es oveja o perro? No -respondió el rabino-. Otro preguntó: ¿Será cuando al ver un árbol a lo lejos, se puede distinguir si es una higuera o un peral? No -volvió a responder el rabino-. Entonces... ¿cuándo es? -le preguntaron-. Es cuando al mirar a un hombre o a una mujer, ves que es tu hermano o tu hermana. Porque si no puedes ver esto es que todavía es de noche.*

Y todo esto es posible porque Nuestro Señor Jesucristo, subiendo al leño de la Cruz, y entrando en la muerte, venció para siempre los poderes del mal. El grano de trigo enterrado ha dado fruto. La resurrección no es sólo el recuerdo de una tumba vacía, ni siquiera la esperanza cumplida de la promesa hecha por Jesús a sus discípulos: se trata de la realidad que todos podemos experimentar si, como María, Juan y aquel centurión que clavara la lanza en el costado de Cristo, nos dejamos regar de la sangre y del agua vertidas por Cristo en la cruz, signos del Bautismo y la Eucaristía.

Dice el reclamo turístico que “*Sevilla tiene un color especial*”, pero nosotros podemos decir orgullosos que “*Murcia ‘es especial’ en Semana Santa*”. Lo es por las *dádivas* en modo de caramelos, monas con su huevo duro, habas, bocadillos, estampas, rosarios, cruces y mil obsequios más, que muestran el carácter de una ciudad que entrega y se entrega; lo es por su inconfundible aroma de azahar, y por la originalidad que suponen las “Convocatorias”, por el “besapiés” multitudinario al Rescate y al Perdón, por el “*río colorao*” que inunda la ciudad la tarde de Miércoles Santo, por las “Campanas de Auroros” en la plaza de San Agustín y por la confección de la palmera de la Oración, por el “Encuentro” en Belluga, por la salida de la clausura del Cristo de Santa Clara la Real, por el modo en que el Cristo de la Fe accede a su trono, por el sonido de las “Burlas”, por el silencio y las corales de la noche de Jueves Santo, por el acompañamiento musical y militar a nuestros pasos, por la impresionante mañana luminosa de Viernes Santo, por la rica imaginería -Nicolás de Bussy, Francisco Salzillo, Domingo Beltrán, Gregorio Fernández, Roque López, Santiago Baglietto, José Sánchez Lozano, Juan González Moreno, Paco Liza, Antonio Labaña, Pepe Hernández Navarro...-, por esa Dolorosa “vestida de color” que tanta extrañeza causa... y en fin por ese cromatismo uniforme que identifica cada procesión: azul, corinto, marrón, verde, magenta, blanco y verde y morado y rojo, colorao, morado, negro, azul, blanco... para acabar con la explosión multicolor del Domingo de Resurrección.

Murcia puede presumir de sus Procesiones. Sin olvidar que su fuente es interior y que necesita ser alimentada constantemente... os exhorto: ***¡revalorizemos nuestras procesiones!***, para que sean aquello para lo que nacieron: manifestación de fe en plena calle, invitación pública a que oros la compartan con nosotros, catequesis viviente, renovación de nuestro propósito de “*ir hacia delante*” en nuestra vida de cristianos.

Cuando viváis el *Vía Crucis* programado por el Cabildo de Cofradías para el próximo viernes día 10 desde la Catedral, o cualquiera de los actos cuaresmales y penitenciales de las quince Cofradías de la ciudad, hacedlo de corazón. Cuando contempléis a Cristo en vuestras sedes y por nuestras calles no os quedéis en la talla, porque sabéis muy bien que el Flagelado, el Nazareno, el Crucificado, el Yacente, son y sois cada uno de los *murcianos* con los cuales Cristo se ha identificado totalmente; con unos para llevar sus cruces, con otros para rescatarlos de las muertes de cada día, con otros como cireneo... con todos como Señor y Redentor. Cuando veáis a la mujer Verónica, o a María Magdalena, o a Juan, o a Pedro, ved vuestros rostros y los de tantos de vuestros vecinos que limpian sudores y sangres, y que acompañan a mujeres y hombres doloridos o maltratados por la vida.

Mi última invitación en este Pregón es a “*entrar en cada uno de los días de esta semana especial, del primero al décimo de modo total*”. Y esto significa “*en la interioridad y en la manifestación externa*”, en la liturgia de cada día y en el traslado o procesión anunciada, en la vivencia personal e íntima y en la realidad comunitaria o grupal de la Cofradía, la parroquia o la propia familia. La liturgia diaria, como un proceso progresivo, y las manifestaciones populares externas, nos ayudarán a entrar en la dinámica de la auténtica Semana Santa, la personal, la que cada uno tiene necesidad de vivenciar haciéndola propia. Y lo harán conjuntamente, como un todo: no despreciemos “*lo exterior*” por su folklore, por prejuicios, por tantos protagonismos personales; pero tampoco perdamos “*lo interior*” por un falso pragmatismo, por una comodidad barata, por falsas ocupaciones o por una pasividad celebrativa. Nuestro ser, la realidad humana, es sentimiento y expresión, apertura a lo trascendente y realidad inmanente, y no se dan el uno sin la otra y viceversa.

En Palestina, hace dos mil años, se encendió una luz. Un hombre, Jesús, empezó a anunciar una nueva forma de vivir, hecha de amor, de entrega personal, de confianza plena en Dios. Curó enfermos, levantó espíritus abatidos, proclamó una nueva esperanza para los pobres. Y por eso, porque transformaba demasiadas cosas, porque quería un mundo totalmente renovado lo persiguieron, condenaron y mataron en el suplicio ignominioso de la Cruz. Eso creían, pues en realidad no le quitaron la vida, Él la entregó.

Nosotros, cada año, en estos días de Semana Santa, contemplamos a este Jesús torturado y muerto. Y, llenos de fe, afirmamos que Dios lo resucitó, y lo reconocemos como luz que ilumina todas las tinieblas. Afirmamos que es “*el Hijo de Dios*” -Dios entre nosotros- y queremos seguirle de todo corazón, porque su camino es “*el camino de la Vida*”.

A todo esto os invito, queridos amigos... ¡en Murcia!

“No he de morir, ¡viviré para contar las hazañas del Señor!”.

¡Feliz y provechosa Cuaresma, tiempo y camino de conversión!

¡Feliz y Santa Semana de Pasión!

¡Feliz Pascua de Cristo Resucitado!

Pregón leído
en el Teatro Romea de Murcia
el 5 de marzo de 2017,
primer Domingo de Cuaresma